

La bala que acabó con Zumalacárregui

Javier ÁLVAREZ CAPEROCHIPI

jalcapero@gmail.com

Primer sitio de Bilbao

A primeros de junio de 1835 el ejército carlista al mando del General Tomás de Zumalacárregui (1788-1835) puso cerco al ejército liberal en Bilbao; tomaría sin mucha resistencia algunos pueblos cercanos, el alto de Artagan, la Iglesia de la Virgen de Begoña "faro de navegantes" y el Palacio de Tejerías, todo en un entorno rural de casas de labranza en proximidad con la puerta de entrada a la ciudad.

Llevaban año y medio de guerras, con acciones señaladas como las de Larremiar y Artaza, que hicieron crecer la fama del general y las esperanzas de los carlistas. La toma de Bilbao, era el aldabonazo definitivo que esperaba el Pretendiente Carlos V (Carlos María Isidro, 1788-1855) para inclinar la balanza a su favor; una estrategia que no convenía a Zumalacárregui que hubiera preferido dirigir las tropas hacia Vitoria.

Esos pensamientos (aparentemente aparca-dos) y otros parecidos, afloraban en la mente del "Caudillo" mientras observaba con catalejos, desde uno de los balcones del Palacio, la vista de la ciudad sitiada apiñada junto al río Nervión. No había comenzado todavía la nueva contienda, aunque se oían disparos nerviosos bastante cercanos.

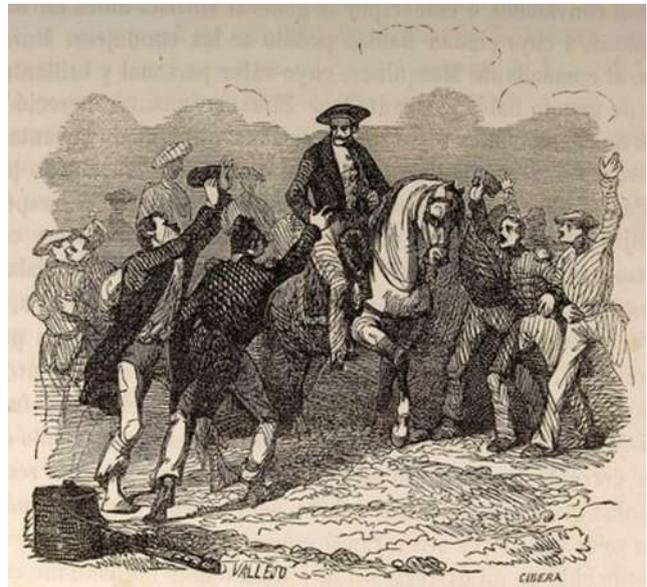
La bala perdida

Inesperadamente, una bala perdida lejana y de rebote, hizo blanco por detrás en la pierna derecha del general, quedando alojada en la profundidad de la masa muscular de los gemelos, cerca y detrás de la rodilla, fracturando en su trayecto el hueso peroné. Zumalacárregui sintió un dolor intenso en la pierna perdiendo el equilibrio. Le atendieron sus ayudantes Plaza, Elizalde y Fago. Intentó ponerse de pie, pero enseguida debió recostarse.

¡Nadie creía lo ocurrido! El héroe de mil batallas, azote de los liberales, el hombre que se suponía protegido por una barrera divina in-

franqueable, acababa de ser alcanzado por una bala, en forma de bola redonda de plomo recubierta de latón.

Inmediatamente fue evacuado al campamento militar de los ejércitos carlistas en Durango, a 20 kilómetros de Begoña. Los médicos militares que valoraron la herida: Grediaga, Gelos y Beloqui, la consideraron poco importante: "un orificio pequeño de entrada irregular y contundido, sin orificio de salida"



Zumalacárregui aclamado en Echarri Aranaz.
Grabado de Javier Vallejo (1844)

producido por una bala: "que ha llegado con poca fuerza y velocidad y que no puede haber producido graves destrozos internos". Recomendaron en un primer momento: reposo en cama, paciencia y verlas venir; no consideraron necesaria la extracción de la bala. Opinaban, que: "si todo se desarrolla con normalidad en 15 días podría empezar a levantarse, y luego, unos días más, para recuperar el apoyo de la pierna en el suelo sin dolor". Le colocaron los médicos un emplastro con aceite, bálsamo de Perú, y flor de romero; y le anunciaron para el día siguiente la aplicación de sanguijuelas para depurar la sangre.

Sin embargo, el General, no estaba tranquilo en Durango, además, llevaba una época anterior al incidente, con problemas de salud (fiebres intermitentes, diarreas, pérdida de peso), se sentía cansado y no le gustaba el ambiente de la corte. Por ello, solicitó ser conducido al pueblo de Cegama, a 60 kilómetros, donde vivía su hermana, lugar próximo a Ormaiztegui, su lugar de nacimiento. Pretendía descansar en su ambiente y volver a la guerra con más fuerza que antes, y mientras tanto, ser atendido allí, por el curandero "Petriquillo", amigo y vecino de siempre, suyo y de su familia.



Herida de Zumalacárregui en Begoña.
Grabado del siglo XIX.

Zumalacárregui estaba decidido, e hizo caso omiso de las consideraciones de Don Carlos, que incluso le había ofrecido ser visitado por un joven cirujano inglés, Frederik Burgess, (que se había presentado voluntario en el ejército carlista en busca de experiencia en heridas de guerra) y que, al parecer, era partidario de la extracción inmediata de la bala. Nadie se atrevió a llevarle la contraria. Así pues, se inició el camino hacia su pueblo, en una especie de diván o cama estrecha, portada por varios de sus soldados, que usaban los fusiles-mosquetones en forma de parihuelas. Eran días muy calurosos y la marcha resultaba incómoda desde el primer kilómetro.

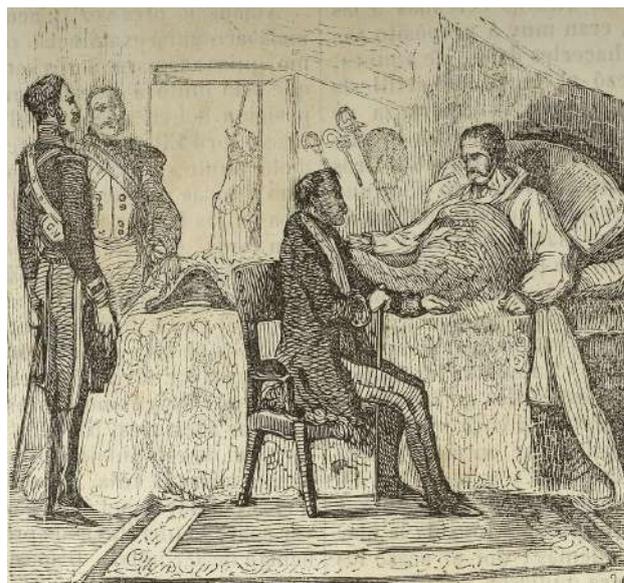
Aunque Petriquillo, avisado del recorrido de la caravana, salió a su encuentro en el trayecto de Cegama a Durango, todo hace suponer, que tardó al menos tres días en contactar. El curandero encontró al general bastante molesto con dolor y calentura, la pierna

estaba hinchada con sangre retenida y no bien inmovilizada. No obstante, saludó con afecto a "Tío Tomás", le prometió una pronta recuperación, devolviendo la tranquilidad al entorno.

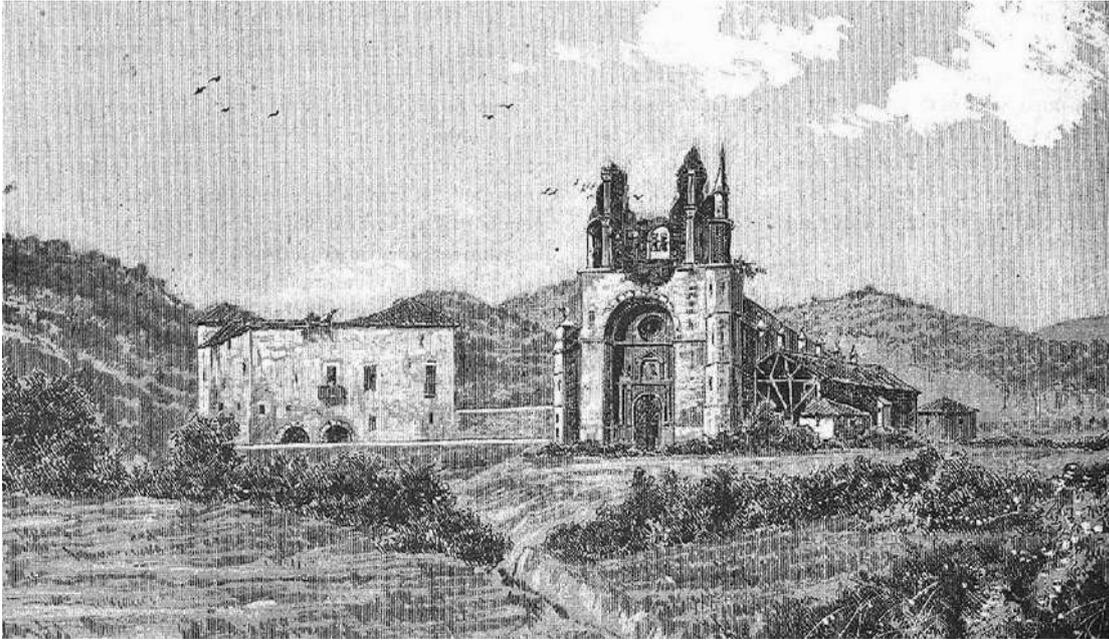
Petriquillo

José Francisco Tellería Uribe "Petriquillo" (1774-1842), hijo y heredero del apodo de su padre, que le precedió en las artes curanderiles, fue, asimismo, pastor propietario de rebaño importante, y alcalde en varios períodos del pueblo guipuzcoano de Cerain. Era un curandero conocido y afamado; había aprendido a tratar las fracturas de las personas, modelando los huesos de los corderos y aplicando bien los vendajes; además, preparaba ungüentos y pócimas que ayudaban a cicatrizar las heridas. En la Guerra de la Independencia contra los franceses, luchó e hizo amistad con el joven capitán Zumalacárregui, que quedaría impresionado de sus habilidades sanadoras en heridas de guerra. Dicen de él, que era: menudo, nervioso, vivo y autoritario.

Petriquillo, que había salido al encuentro del herido, se creyó en la obligación de recuperar el tiempo perdido y acelerar su recuperación. En algunas crónicas se asegura, que lo primero que hizo fue ofrecer una prima sustanciosa a los porteadores si aceleraban el paso para llegar antes al pueblo. Pasó por alto las consignas que traían los responsables de la caravana; curó la herida del general



Zumalacárregui convaleciente en Durango y visitado por el Don Carlos.
Grabado de Javier Vallejo (1844).



Lugar de Begoña, donde resultó herido Zumalacárregui.

varias veces al día con vinagre y pan mohoso, hizo varios intentos fallidos de extracción de la bala desde fuera de la piel, con una especie de pinzas de fabricación casera. En una ocasión creyó el curandero haber extraído la bala, por haber sacado un fragmento pequeño duro, pero luego comprobaría que se trataba de una esquirla ósea desprendida consecuencia de la rotura de peroné. También aplicó frotaciones estimulantes de la piel con ungüentos preparados por él y le dio a beber infusiones de hierbas. Petriquillo actuaba a su aire; había sido denunciado varias veces por intrusismo, pero no le preocupaba el asunto al contar con el fervor popular.

Sin embargo y contra las previsiones de todos, la estancia en Cegama en casa de la hermana del general, no le produjo ningún beneficio, todo lo contrario, evolucionó a peor. Los médicos desplazados desde el frente por orden de don Carlos, lo encontraron muy demacrado y con un quejido en el pecho que antes no tenía; la pierna seguía muy hinchada, olía mal y los dedos del pie no podía moverlos; además el tono de voz era más bajo. Le escuchaban frases cortas y tristes "ya he vivido demasiado" y cosas parecidas incluso también alguna referencia a la muerte.

Desenlace

Pronto empezarán tensiones y discusiones fuertes entre médicos, curandero, mandos militares, curas y familiares. Ante esa situa-

ción, Petriquillo, viendo el mal cariz que estaban tomando los acontecimientos, decide retirarse de la cabecera del herido y volverse en silencio a su caserío. Desaparecido el curandero, el general empezó a delirar e impartir órdenes. Obligó bajo presión y amenaza, a los médicos Gelos y Beloqui a extraerle la bala, cosa que hicieron, operando una pierna sin solución que tenía ya los primeros síntomas de gangrena.

A pesar que la bala de plomo y latón extraída de la pierna, sería paseada por el pueblo a modo de trofeo y éxito, el resultado es ya conocido: el general fallecía en una madrugada fría ante el desconsuelo y desánimo de todos, el 24 de junio, diez días después del balazo recibido. El parte hablaba de: - gangrena gaseosa de pierna, septicemia generalizada y asistolía final-

Fue despedido en un funeral multitudinario rodeado de familiares y gentes del lugar, con campesinos, combatientes anónimos y párrocos de todo el Goierri. Llamó la atención la ausencia llamativa del pretendiente y camarilla. Quedó enterrado en la tumba-mausoleo de la Iglesia de Cegama.

Una semana después de la muerte de Zumalacárregui, el ejército liberal, ayudado desde fuera por Espartero y Fernández de Córdoba, levantaría fácilmente el asedio de Bilbao. Los carlistas habían perdido mucho más que una batalla, había desaparecido para siempre un general invencible.

Comentarios.

El juicio de la historia hace recaer la responsabilidad de la tragedia en Petriquillo, pero el suceso es complejo y es difícil repartir culpas, que todavía se discuten. No se pueden juzgar los hechos con la mentalidad de hoy, pues, en la actualidad, el caso se hubiera resuelto satisfactoriamente a la primera, con un buen radiólogo intervencionista, que hubiera extraído la bala sin problemas con un poco de anestesia local.



Zumalacárregui trasladado herido.
Grabado de Javier Vallejo (1844) .

Tampoco se puede juzgar con la mentalidad de la guerra civil española de 1936, donde el doctor Trueta demostraría que, con la desinfección de la herida, sin extraer la bala, seguida de la cura oclusiva de la misma, sin levantarla, acompañada de la inmovilización de la zona con yeso, durante un tiempo mínimo de 15 días, se podían obtener un 90% de buenos resultados en situaciones similares a la que nos ocupa.

Para valorar lo sucedido, es preciso, situarse en una época penosa sanitaria, por falta de conocimientos, en la que se ignoraba la existencia de gérmenes patógenos y los mecanismos de transmisión de las infecciones. En esas condiciones, los resultados de las operaciones para extracción de balas tenían una alta mortalidad. Baste recordar, que, en algunos hospitales de sangre de la época, fallecían dos de cada tres ingresados.

No queremos concluir, este triste pasaje de la historia, sin añadir algunas consideraciones, que ayuden a situarse. Estamos, con el cura Fago muy cercano al general, cuando afir-

maba: "que Petriquillo solo había sido un instrumento de la fatalidad". Es posible que sus medidas fueran perjudiciales, aunque no determinantes. También pensamos: que los médicos del ejército, estuvieron demasiado comedidos en sus primeras impresiones, seguramente influenciados por la personalidad del herido, y que, en los instantes finales, fueron desbordados por los acontecimientos. Y sobre todo, creemos, que el famoso y laureado estratega, Conde de Zumalacárregui, Duque de la Victoria, Capitán General de los Ejércitos Carlistas, no estuvo nada acertado en las decisiones que tomó en torno a su salud. Los 80 kilómetros (entre Begoña, pasando por Durango y hasta Cegama), con una pierna herida balanceándose con los pasos de los portadores en un ambiente de calor extremo, acabaron echando mucha leña al fuego de las complicaciones.

Referencias:

- Álvarez Caperochipi J. *Petriquillo y Zumalacárregui*. Panacea, 2009.
- Barriola I. *El curandero Petriquillo*. 1952.
- Del Burgo J. *Zumalacárregui*. Temas de cultura popular, 163. Pamplona.
- Fernández de Córdoba. Memoria justificativa. París, 1837.
- Henningsen C.F. *Zumalacárregui*. Espasa, Argentina, 1947.
- Madrazo F. *Historia política y militar de Zumalacárregui*. 1884.
- Pérez Galdós. *Episodios Nacionales*, XXXI, 1898.



Mausoleo de Zumalacárregui en Cegama.
Francisco Pont y Pons.